

Clínicos argentinos ilustres de origen vasco*

(Illustrious Argentinian Clinical Doctors of Basque Origin)

Puchulu, Félix

[BIBLID \[1136-6534\(1998\)11:7-24\]](#)

Los médicos de origen vasco han gozado de gran influencia en el progreso de la medicina en Argentina. El doctor Félix Puchulu traza el retrato de cuatro clínicos profesores de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XX: Abel Ayerza, Pedro Escudero, Ernesto V. Merlo Mozotegui y Francisco C. Arrillaga.

Euskal jatorriko medikuek eragin handia izan dute Argentinako medikuntzaren aurrerapenean. Félix Puchulu doktoreak XX. mendearen lehen erdiko Buenos Airesko Medikuntza Zientzietako Fakultateko lau kliniko irakasleren erretratua egiten digu: Abel Ayerza, Pedro Escudero, Ernesto V. Merlo Mozotegui eta Francisco C. Arrillaga.

Les médecins d'origine basque ont eu une grande influence dans le progrès de la médecine en Argentine. Le docteur Félix Puchulu brosse le portrait de quatre cliniciens, professeurs à la Faculté des Sciences Médicales de Buenos-Aires dans la première moitié du XX^e siècle: Abel Ayerza, Pedro Escudero, Ernesto V. Merlo Mozotegui et Francisco C. Arrillaga.

* Archives Manuel de Ynchausti. Ustaritz.

Los médicos argentinos de origen vasco, muy numerosos por cierto, han tenido una significativa influencia en el progreso de la medicina del país. Su actuación en toda la amplitud del territorio, su obra social, su participación en el adelanto del arte médico puede ser motivo de una labor extensa que no corresponde al propósito de este artículo.

Esta contribución sólo alcanza a la semblanza de algunos clínicos ilustres, a cuya mayoría seguí de cerca, por muchos años, en su vida médica y universitaria. Han sido ilustres por la elevada jerarquía universitaria que alcanzaron, por su eficiencia docente, por su prestigio médico y por la transcendencia de la obra cumplida.

He de concretarme a cuatro clínicos que alcanzaron el honor de ser profesores titulares de la materia en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires: el Dr. Abel Ayerza cuya actuación se desarrolló en los veinte primeros años de este siglo, y los Drs. Pedro Escudero, Ernesto V. Merlo Mozotegui y Francisco C. Arrillaga que realizaron lo principal de su tarea desde 1920 a 1950.

El Dr. Abel Ayerza era hijo de un médico vasco. Su padre don Toribio Ayerza nació en Usurbil, se graduó en Montpellier y ejerció en Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo pasado. De su ejemplo nació en Abel Ayerza su inclinación por la medicina y la elevación de su ética. Recibido de médico en Buenos Aires en 1888 perfeccionó sus estudios en París donde procuró asimilar el arte de Jaccoud y de Potain. Sus aciertos en el ejercicio de la profesión, la solidez de sus conocimientos y la agudeza de sus observaciones le acarrearón gran prestigio. La corrección de su conducta y su abnegación contribuyeron a perpetuar el nombre heredado, haciendo de la profesión de los Ayerza una medicina de verdad y de franqueza.

Su carrera universitaria fue rápida y brillante. Alcanzó el titulariado de Clínica Médica lleno de vigor e impuso las características de la didáctica francesa. Prefirió la observación concienzuda a la bibliografía frondosa y sus clases, algo dogmáticas, a la manera de Trousseau, maestro de su padre, atrajeron públicos numerosos deseos de impregnarse de su criterio manifestado en claras exposiciones.

Sus características didácticas, tan francesas, le dieron un rasgo definido a su docencia, a la que sus eminentes discípulos contribuyeron a difundir.

Una prueba de su capacidad de observación prolija e inteligente la dio al describir, en 1901, en una clase magistral a los que llamó "cardíacos negros". La descripción de esa etapa evolutiva de los mismos fue tan abierta y novedosa que universalmente se ha reconocido en calificar ese padecimiento como Enfermedad de Ayerza.

Pedro Escudero es el paradigma de la energía vasca, del talento creador y del trabajo sin pausa. De modesto origen, inició su actividad profesional en ambientes muy pobres y, gracias a esas cualidades relevantes, llegó a ser una figura médica de renombre internacional. En la actualidad, bien pasados los setenta años, sigue siendo un magnífico ejemplo de labor y de energía.

Su formación clínica tuvo comienzo al lado de Ayerza y rápidamente adquirió su personalidad la misma característica de rigor, de autoridad y de franqueza. Estas condiciones le dieron independencia desde joven y su rígida disciplina en el trabajo y en el estudio, lo destacaron por la seguridad de su técnica y por la ponderación de su juicio clínico. Su llegada al cargo eminente de profesor titular de Clínica Médica significó

un gran adelanto para la Facultad de Ciencias Médicas. Su entusiasmo contagioso y su tesón admirable atrajeron en su derredor a un grupo de colaboradores que lo comprendieron y apoyaron. Así formó su escuela médica de la que surgieron profesores muy eficientes y cuya producción, realizada según su consejo y su ejemplo, se materializó en numerosos volúmenes que abarcaron varios campos de la patología. En los últimos veinte años de su actividad universitaria orientó sus esfuerzos hacia los problemas de la nutrición y dio sus frutos, no sólo en muchas publicaciones científicas, sino también en la creación de la Cátedra de Clínica de la Nutrición, el Instituto Nacional de la Nutrición y la Escuela Nacional de Dietistas. Todas estas instituciones han sido obras de su ardoroso empeño.

En la docencia fue eficacísimo tanto por lo que enseñó en el arte médico como por las sugerencias de todo orden que desparramó. Este maestro de físico alto y fuerte, de rasgos vascos bien definidos, radiante de energía, sabía destilar estímulos poderosos en el espíritu de los oyentes. Sus enseñanzas, o sus relatos anecdóticos, confortaron poderosamente a los discípulos que alguna vez podían dudar, o a los que sentían en su interior la llama de la aspiración.

Cuando Escudero pasó a ocupar el titulariado de la Cátedra de Clínica de la Nutrición, que él fundara, lo sucedió en Clínica Médica don Francisco C. Arrillaga. Fue uno de los discípulos más distinguidos de Ayerza y, en mérito a su brillante carrera estudiantil, fue becado, completando así sus estudios en Francia y en Alemania. Llegó a profesor titular después de una larga actuación profesional y docente. Su modo de enseñar se destacó por su interés en documentar gráficamente sus exposiciones, dando preferencia a los procedimientos de diagnóstico más modernos y a los progresos de la terapéutica. Pero en sus clases prácticas ponía de relieve una cualidad que seguramente había adquirido al lado de su maestro Ayerza: la rápida orientación hacia el diagnóstico mediante la inteligente advertencia de los síntomas. Ese "ojo clínico" de Arrillaga era una consagración de su agilidad mental y de su experiencia.

Desde que se hizo cargo de la Cátedra aspiró firmemente a obtener el edificio de un Instituto para la materia, donde se pudiera enseñar e investigar de acuerdo con las modernas orientaciones de la misma. Sus viajes por Europa y por Norteamérica tuvieron ese fin y sus perseverantes gestiones oficiales lograron la construcción del edificio de la Tercera Cátedra de Clínica, que es un modelo en su género.

Pero Arrillaga sabía muy bien que las instituciones científicas no solamente se hacen con muros, ni los gabinetes de investigación sólo con aparatos. Había que buscar a los hombres con experiencia y capacidad probadas en la docencia, a los investigadores y a los ansiosos de trabajo y progreso. Así lo comprendía porque la clínica médica se ha hecho cada vez más extensa y profunda y el profesor titular de la misma tiene necesidad de aportar, cada vez más, una vasta ilustración y experiencia. De este modo puede adaptar con más beneficio sus enseñanzas a los estudiantes, y puede comprender y orientar mejor los estudios y las investigaciones de sus colaboradores.

En ese noble empeño estaba Arrillaga cuando repentinamente murió, quedando truncada esta vida tan aprovechada. Aparte de su obra quedó el recuerdo de su físico de vasco mesurado, sobrio y cortés, en quien se realizaba la feliz unión de la simpática apacibilidad del esforzado éuscaro con la natural prestancia del que ha nacido excelso.

Ernesto V. Merlo Mozotegui que fue durante quince años profesor titular de semiología y clínica propedéutica constituyó un ejemplo de austeridad invariable y de honradez acrisolada, tanto en sus actos como en lo íntimo de sus pensamientos. Descendiente de vascos por rama materna, había nacido en Olavarría, en la llanura de la provincia de Buenos Aires. En la sencillez de su vivir siempre se traslucían estas dos influencias, la de su ascendencia y la de su lugar de origen. Lo vasco y lo criollo formaban la esencia de su dignísima modestia. Ya maestro en medicina, sabía también confeccionar, con singular habilidad, los shares con que lucía en el trinquete sus aptitudes de zaguero, o los lazos con que sujetaba los briosos redomones que cabalgaba con suma destreza.

De mente hecha para la observación y para la meditación, su juicio vigoroso lo llevaba a abordar los problemas desde sus raíces, a considerar los temas desde sus bases, no dejando de advertir la justa trascendencia de los detalles. Sus conocimientos, así como su experiencia le dieron pronto una seguridad que justificaba la gran confianza que inspiraba su arte. Así fue como, desde relativamente joven, adquirió fama de gran clínico y, en la docencia, el prestigio del profesor eficaz que enseñaba con persuasión y con agrado.

El afán siempre renovado por dar base segura a sus conocimientos, lo llevó a ampliar cada vez más su información semiológica y a perfeccionar la técnica del examen médico. Fue considerado como un virtuoso de la misma por la eximia habilidad que adquirió y por el conocimiento profundo de las descripciones originales de los grandes semiólogos. Parecía un discípulo de Laennec y de Osler por lo que sabía de sus vidas y de sus obras.

Su cátedra desempeñada con un brillo invariable hasta que falleció, aportó un beneficio inmenso a los numerosos estudiantes y médicos que lo siguieron.

Bueno y tolerante para las debilidades ajenas, le resultaba inaguantable la falsedad. Veraz en su arte procuraba adquirir con firmeza los conocimientos que conceptuaba cier-

tos para transmitirlos en sus lecciones con vigor y elocuencia. Estudiaba con gran atención y profundidad, emitiendo sus opiniones en el margen de sus libros y de sus revistas. Examinaba a sus enfermos con calma y con mucha meditación, no dando su opinión hasta tener una base firme. Resultó vasto a fuerza de ser profundo. Por su natural propensión a ilustrar con informaciones veraces todo lo que aclaraba el problema en estudio, despertó admiración, al correr de los años, por la profundidad y por la extensión de sus conocimientos. Observaba con paciente dedicación y, advertido de las frecuentes inseguridades del juicio clínico, buscaba en las materias fundamentales de la medicina las bases sobre las que establecía sus interpretaciones de la patología. Consideraba que la ilustración libresca provoca admiración pero no despierta confianza. Así, el respeto que provocaba su personalidad médica, era una demostración convincente que los conocimientos que inspiran más fe son aquellos que provienen de una realidad vista y vivida con inteligencia.

Modesto, genuinamente modesto, no advertía los relieves que iba adquiriendo su figura de gran médico y de maestro. Dotado de un gran amor por la enseñanza no salía, no quería salir de su sala 9 del Hospital de Clínicas y de su anfiteatro, donde con tanta habilidad y elocuencia daba sus clases.

Invitado en varias oportunidades para actuar en otros ambientes, difirió el compromiso, salvo rarísimas excepciones. Finalmente el requerimiento de queridos amigos y su afecto por Mendoza, lo llevó a dar sus últimas lecciones en la Universidad de Cuyo.

En el esforzado vivir de sus días postreros dio una prueba de la reciedumbre de su espíritu vasco. Sabiéndose herido de un padecimiento fatal a plazo breve, no abandonó su labor y cayó a los dos días de dar su última y brillante conferencia. Con su caída tan brusca dio a sus discípulos su última lección. Quiso enseñarles que, cuando una hermosa profesión ha sido vivida con profundo amor, no hay mayor lenitivo, cuando el físico flaquea, que sucumbir absorbido en su desempeño.